

de sagaces dotes de observación. Entre la literatura documental recordamos *Arenas del Mapocho* de Ricardo Puelma, trozo santiaguino incomparable, algo pulido y desvitalizado en la segunda edición. También unas notas necrológicas que nos dieron hace años una visión más directa de la Revolución del 91 que los alegatos en pro y en contra del señor Salas Edwards y de don Julio Bañados.

Pero la disgresión no empaña el mérito ni la gracia de este libro amable que narra la aventura de un chileno del verde y jugoso sur que se enrola para defender su Chile, en las pesadas y calientes tierras del norte. La fe en Dios y en la Virgen, la lógica medición de las circunstancias, según las necesidades del estómago, la limpieza moral que adosa el fondo humano del narrador, su falta de jactancia, hacen de este libro un documental fidedigno, nunca reñido con la interjección directa e indignada.

El apéndice y notas de don Yolando Pino Saavedra, quien parece haber rescatado el original de entre los papeles del doctor Rodolfo Lenz, hacen más comprensible la intención de la crónica. El rústico soldado en manos del maestro universitario no corre los riesgos de Raimundo Lulio, cuando su prosa es raspada por el censor latino. Es posible —conforme afirma el señor Pino— que se trate de un relato reconstruido al regreso de la campaña, más que de un diario de guerra, imposible de preservar en aquel tumulto. El cotejo entre las apreciaciones intuitivas del soldado con los textos de los historiadores, produce coincidencias admirables. Además, el hombre del pueblo metido en una arcaica guerra de hombre a hombre, nos da, sin quererlo, la justa perspectiva, la sobriedad y el salvaje heroísmo, sin alardes, del combate.—L. M. R.

“CIUDAD DORMIDA”, por *Juan Felipe Toruño*. Ediciones “Orto”,
San Salvador

Esta ciudad que duerme entre siestas tropicales y noches de argentas lunas, no es otra que León, Nicaragua, la patria de Rubén Darío y la que, al filo de este siglo, vió nacer a Juan Felipe Toruño.

Hay una adhesión sentimental tan intensa entre el autor de estas páginas y su tierra natal, un amor tan arraigado a los seres, a las cosas y a los paisajes mismos, que la evocación se hace a veces dolorosa y dramática, otras intensamente poética y sublimada en versos del más puro lirismo. Porque este libro está escrito en prosa y verso simultáneamente y en planos que entrecruzan e interpolan yendo de lo puramente sentimental a lo histórico y lo social. Toruño se exiló de su tierra natal hace casi treinta años y no volvió a ella sino hace cuatro, para recibir un doctorado honoris causa de su Universidad. Ha residido permanentemente en San Salvador en donde hace periodismo desde las prestigiosas páginas de "El Diario Latino" y cátedra desde la Universidad de El Salvador. De aquí las distancias a Nicaragua no son largas, pero el poeta jamás quiso recorrerlas mientras no pudiera hacerlo con la dignidad de hombre y de escritor acrisolado que hay en él. En *Ciudad Dormida*, Toruño rinde el más grande homenaje de afecto que un hijo pueda rendir a una ciudad: incorporarla al mundo literario de América. Figuras próceres y señeras de la literatura y el pensamiento centroamericano pasan ante nuestros ojos, desnudos de oropeles, vistos en la suave luz de la intimidad familiar; hombres de Estado, generales, revolucionarios, clérigos y patricios. Toruño hace con ellos historia auténtica mostrándonoslos tal como los vieron sus ojos juveniles, y como surgen en la tardía evocación de la madurez de su vida. El libro es frondoso en anécdotas y episodios, pero es apretado y denso en sentimiento y emoción. Véase este soneto del "Horario sentimental" que el poeta escribió en 1921 y que refleja en sus veinticuatro composiciones toda la vida de la dormida ciudad de los lagos nicaragüenses:

LAS 10 DE LA NOCHE

*Y principió de nuevo su concierto el mochuelo!
Y va lejos, muy lejos la ilusión del poeta.
Llovió más media hora; con la lluvia discreta
mariposa de angustias en mí detuvo el vuelo.*

*Y no hay luna ni estrellas! La noche está de duelo;
hay truenos repetidos y el relámpago inquieta;
finge una cicatriz radiante que secreta
cuchilla hiciera en el negro rostro del cielo.*

*Ya en todas las casas se han cerrado las puertas;
las calles van quedando lóbregas y desiertas.
la ciudad yace en calma; alguna que otra vez*

*se oyen los taconeos de alguien que va en la acera
y mientras mi cabeza en vano el sueño espera
ladra un perro a lo lejos y se escuchan las 10.*

La prosa es siempre movida, descriptiva, ilustrada e ilustradora.

Tomemos unos renglones al azar: “¡Jardines leoneses de aquella época: yo os evoco risueños, fragantes y musicales perfumando todavía mi evocación! En el de doña Delfina viuda de Cervantes, vecina a la casa en que nací, el jardín ocupaba todo el primer patio. En el transpatio había una inmensa pila oblonga en la que nadaban dos tortugas “toras” a las que arrojábales pedazos de pan. En el jardín de la casa del que fuera obispo, Pereira y Castellón, se erguían dos jacintos y rondaban dos conejos blancos, de Indias, que asustábanse al llegar gente extraña. Frente a esa casa estaba una barbería, la de Ramón Taleno. A la orilla de la acera, siempre había una fila de gallos que sacaban a asolear. Tomando hacia el oeste, la casa derrengada de las Toruño, de acera alta y ventanas de madera, en donde vivió aquella célebre pareja del capitán Vilchez y su mujer, cantada por Darío...” Estas verdaderas estampas cromáticas, más que trozos literarios, nos muestran mejor que lo que pudiera hacerlo la más fiel fotografía de la época lo que era una ciudad centroamericana, la muy noble y leal ciudad de Santiago de León de los Caballeros, con su catedral magnífica levantada en 1747 por el obispo Isidro Marín Bulón y Figueroa, con su Seminario Conciliar y luego su Universidad creada por acta de 24 de agosto de 1816, “bajo la

protección del Infante don Carlos María, hermano de Su Majestad el Rey don Fernando VII”, etc., en la época en que el romanticismo era la escuela y norma de vida, antes que el modernismo viniera a sucederlo y aventarlo. El libro de Toruño nos muestra todo este proceso de transición de una época a la otra, insinuando por aquí o destacando por allá, el papel que jugaron personajes señeros como el maestro Cecilio del Valle, el presbítero Azarías H. Pallais, los racionalistas Mariano Barreto y Francisco Montenegro, soldados e historiadores como Tomás y Alfonso Ayón; nos recuerda lo que fueron las procesiones con “ángeles vivos”, sus rosas perfumadas de “papelillo”, sus campanas en las iglesias y su banda de músicos en la Plaza Mayor.

Es un bello libro que deleita y que a la par ilustra pues constituye un importante documento para la historia literaria de nuestra América.—J. M.

“IMÁGENES Y LETRAS”, *Salomón Wapnir*. Buenos Aires.

Bajo el signo del “Instituto de Amigos del Libro Argentino” publica este prestigioso ensayista bonaerense su quinto volumen de crítica literaria. Ha publicado también un libro de sociología consagrado a la defensa del Apra y de V. R. Haya de la Torre y otro de relatos y narraciones. Su obra crítica anterior queda enmarcada dentro de los siguientes títulos: *Crítica Positiva, A Izquierda y Derecha, Lápiz Rojo*, y *Perfil y Obra de Herminia Brumana*”; con estos libros Salomón Wapnir se colocó de lleno entre lo mejor del ensayismo crítico en América del Sur y sus juicios, siempre desapasionados y serenos —como fueron los de nuestro Domingo Melfi— son leídos y escuchados con respeto por escritores de todos los campos. En el tomo que ahora comentamos, Wapnir estudia y analiza la obra de los siguientes autores: Joaquín de Vedia, Benito Lynch, Alfonsina Storni, Luis Horacio Velásquez, Aristóbulo Echegaray y su libro sobre Ricardo Güiraldes, César Tiempo, Leonidas Barletta, Antonio de la Torre, el poeta de San Juan, Herminia Brumana y su teatro,